

▣ XV AIEJI ▣ **WORLD CONGRESS** ★ **CONGRÈS MONDIAL**

▣ III ESTATAL ▣ **CONGRÉS DE L'EDUCADOR SOCIAL** ★ **CONGRESO DEL EDUCADOR SOCIAL**

BARCELONA - 6-9 JUNIO 2001



EDUCACIÓN CÍVICA Y ÉTICA PÚBLICA

Salvador Giner
Catedrático de Sociología
de la Universidad de Barcelona

CON EL APOYO DE:



Socrates

PATROCINADO POR:



La modernidad es el reflejo de un macro proceso, que empezó a partir del siglo XV y se aceleró en el XIX. Responde, entre otras cosas, a la noción de que la humanidad necesita una educación moral para ser civilizada. Se imaginaba un ideal de modernidad basado en la educación moral. Se suponía que este gran proceso de educación moral de la sociedad iba a ser más o menos fácil, inspirado por una pedagogía laica, que iba a formar parte de la democracia. Si creábamos una sociedad justa, libre, fraterna, la gente iba a vivir una vida bastante decente, convivir en paz y sin explotarse mutuamente.

Sin embargo, los acontecimientos no han seguido ese camino. La primera decepción sufrida fue que la modernidad (dicho un poco groseramente, el conjunto compuesto por la industrialización, la democratización, el capitalismo de aquel momento y más tarde el socialismo democrático), todos estos grandes procesos producen marginados, excluidos, víctimas; por no hablar de violencia y guerras. Se generan también dislocaciones constantes, se desboca el supuesto progreso de la sociedad, en todos los países, en todas partes sin excepción alguna. Ello ha producido una frustración histórica gravísima, que ha encontrado respuestas varias. La primera respuesta clásica ante la decepción de las dificultades de la modernidad fue la exhortación a practicar el civismo, establecer un sistema educativo general, aunque esto, tal y como veremos enseguida, es inútil para los excluidos.

No podemos predicar para los excluidos, para los marginados, como se decía antes. Marginado, una palabra que a mí, por cierto, me gusta mucho, porque significa ponerse al margen, no estar del todo fuera, sino en los aledaños del orden establecido. Fue así como descubrimos todos que el orden de la modernidad va produciendo sus propias víctimas. Nuestro orden social y político produce sus modos específicos de exclusión, pero no hay cosa más ingenua o hasta perniciosa que acusar al 'sistema' de tal exclusión, sin buscar responsabilidades ni soluciones concretas y pragmáticas. Entre quienes así piensan están muchos de los aquí reunidos: aunque lejos de ser infalibles o conocer el secreto, somos, me atrevo a pensar, parte de la respuesta adecuada. Por lo menos, no somos parte del problema. La política social y el trabajo social son también respuestas, no alternativas, sino complementarias a lo que hoy os reúne aquí. En cada país tales respuestas complementarias surgen con mayor o peor fortuna para lograr las soluciones que, poco a poco, vamos encontrando, por lo menos desde la fundación 'oficial' del estado asistencial en la Inglaterra de 1944. El camino recorrido, así como el aumento exponencial de las dificultades, ha impedido que lográsemos todo lo que se debería haber logrado. Y no me refiero a quimeras ni utopías sino al hecho de que estemos muy lejos de conseguir responder a las exigencias mínimas que la democracia moderna exige.

Mi argumento se va a basar en el uso de recursos y en el abandono en que se encuentra la educación social, que a mí me parece escandaloso. Intentaré justificar lo que digo, y que no quede sólo como una frase en el aire. Los esfuerzos por producir equidad e inclusión sociales han generado un número

de éxitos limitado, pero estamos, a mi juicio, entrando en el siglo XXI, llegando realmente al techo de las soluciones halladas hasta hoy.

El mundo que nos espera no es precisamente risueño. Estamos en nuestro techo de soluciones, no estamos avanzando demasiado, es más: hay problemas más bien exacerbados por tendencias que no auguran nada bueno: la explosión demográfica impele el flujo de inmigrantes que se juegan la vida entre Bosnia y Albania e Italia, o entre el Norte de África y España todos los días. Muchos perecen en el mar cada semana, por no decir cada día, porque la cosa es gravísima. Hasta ahora en Europa veíamos el tránsito de los chicanos, de los espaldas mojadas, a través del Río Grande, como una cosa terrible, pero está ocurriendo aquí, en la Europa del Este. Está acaeciendo en muchos lugares para los que la educación social aplicada por el país receptor en el país emisor poco o nada puede hacer. Cuando aquí arreglamos algo, se nos echan encima otras cosas desde allá. Sin atenerme más que a este único ejemplo pienso que podemos reiterar que estamos alcanzando el techo de las soluciones convencionales, estamos agotando las soluciones tradicionales. Lo cual es bueno, paradójicamente, si nos percatamos de la magnitud del problema y de la necesidad de reorientarnos. Cuando se agotan las soluciones tradicionales el ingenio humano se pone en movimiento.

Y tenemos que pensar que llegados a este punto hay que dar un giro, y lo digo con la mayor cautela para la nueva administración que ustedes elegirán. Es una tarea importante, replantear de raíz la organización internacional. La educación social tiene que ir pensando en giros nuevos que deben hacerse no sólo en su seno, sino más bien con respecto a las sociedades que nos dan cobijo, porque si no intensificamos la actividad por un lado, sólo ayudamos a crear lo que sería más de lo mismo. Si no pensamos nuevas soluciones y nuevas políticas, no avanzaremos. Piensen ustedes que la educación social no sólo debe habérselas con la ciudadanía de un país que la necesita, sino que puede encontrarse en situaciones en las que el vandalismo fanático y politizado de una parte (tal vez minoritaria) de la población se halla sujeta a corrientes y presiones que no auguran demasiada paz ni el necesario civismo.

El problema clave, la razón por la cual hemos llegado a ese techo de soluciones y no estamos avanzando demasiado es que no es posible reinsertar o educar a las personas que se encuentran marginadas, que necesitan ayuda fraterna, ayuda solidaria por un principio básico de democracia; y no estoy hablando en términos sentimentales, sino prácticos, de solidaridad democrática, porque su ejercicio es tan importante como los derechos que tenemos en los países democráticos. No se puede reinsertar o reintegrar a estas personas, cuando la sociedad, llamada normal, no admite a los aspirantes a la inserción. Aquí hay una contradicción máxima, una aporía completa. No podemos predicar lo que nosotros, o nuestra sociedad, no podemos cumplir.

Ustedes saben mejor que yo que en muchos casos no se puede lograr la conciencia cívica necesaria, sencillamente porque el mercado de trabajo no responde, y tampoco lo hacen las familias desestructuradas de las que surgen quienes necesitan su ayuda. El educador social que les sustituye, socializa y educa, logra con ello un éxito profesional notable. Pero, ¿dónde sitúa después a estas gentes, jóvenes a menudo, que necesitan inserción? Todo ello, además, provoca frustración y aumenta el dolor social. Tal situación me hace pensar que no hay que hacer a la gente más feliz, ni desde el gobierno ni desde las políticas sociales y educativas, sino que hay que reducir o incluso eliminar el dolor social. Lo que no debemos hacer es aumentarlo, porque incrementa no sólo la angustia, la neurastenia, la marginación, sino también la delincuencia. Es decir, no podemos prometer y enseñar a una gente, que después la estructura económica no admite y que los gobiernos ignoran, o les dirigen frases retóricas.

El Sr. Blair propuso soluciones en Inglaterra. Entre ellas la de acabar con "los pobres". Veremos si lo consigue. Creo que voy a recortar el periódico con la frase que dijo el primer ministro inglés para, dentro de cuatro años, escribir una carta que probablemente no me contestará. Ya veremos si lo resuelve, pero por lo menos ha tenido el coraje de incluirlo en su programa o, si no en su programa, sí en su primera declaración. También lo hizo en un caso conocido el sociólogo Fernando-Enrique Cardoso en Brasil, quien, nada más tomar posesión, reconoció públicamente que en Brasil había 800.000 esclavos. Esclavos, como suena. Ignoro si los ha eliminado, pero como un buen socialdemócrata progresista, espero que habrá dado algunos pasos, aunque supongo que la gente que esté en el partido de la oposición, el partido de los Trebalhadores, no estará muy contenta con la política del presidente Cardoso. Sin embargo, éstos son gestos que les honran, tanto a Cardoso hace unos años, como a Blair.

En todo caso tenemos que pasarles cuentas porque, al fin y al cabo, les pagamos con nuestros impuestos y les damos poder y gloria. Y si no resuelven los problemas, poca cosa puede hacer la educación social como profesión.

Éste es el problema crucial del marco en que nos movemos y que con frecuencia cae fuera de nuestro alcance. Ustedes lo conocen, yo lo digo porque me parece que en un congreso como éste es menester decirlo con toda claridad.

Hago aquí un pequeño inciso porque está muy relacionado con este tema. Ustedes tienen unos problemas de indefinición profesional que conocen a fondo. Ciertamente, conozco el tema. Les hablo ahora como casi colega, a pesar de mi condición académica. Y les recuerdo que no estamos hablando ante un público que no sea profesional. Profesional, pero con indefinición profesional, con un estatus a veces complicado, cosa que proviene de esta contradicción: si yo soy médico y pongo a mis enfermos en una clínica, naturalmente, el estatus del médico, la aceptación social y la imagen social

del médico será respetado. Lo mismo hay que decir de un abogado, o de un ingeniero. Pero si un educador social no posee jurisdicción, y se dedica por ejemplo a educar a los marginados, o trata de educar desde un centro cívico, por ejemplo, la ciudadanía respetable y normal, como suele decirse, en un tratamiento cívico, humano y fraterno de las personas menos favorecidas, pero luego no consigue situar a las personas menos favorecidas en la sociedad, naturalmente se genera una frustración constante de la propia profesión, y la gente le percibe como una persona ineficaz o una persona que necesita existir porque hay que hacer alguna cosa por esta gente.

Pero hay que darles un margen de fiabilidad, de confianza o de capacidad de resolución de problemas que no puede resolver un político o un policía. La profesión es la primera víctima de la contradicción de la que he hablado hace un instante, entre lo que prometemos y lo que damos. Ello debe conducirnos al desarrollo de nuevos criterios para la profesión de educación social, para la política social y para la política de educación cívica.

Para empezar no es tan complicado, al menos desde el punto de vista general. Debemos hacer una cosa que muchos de ustedes tienen asumida, educar evidentemente a los excluidos, pero también hay que educar a los incluidos, o sea, hay que enseñar civismo solidario a los incluidos, a los que están dentro porque en la sociedad hay una cuestión de exclusión e inclusión. Es lo que los sociólogos, algunos por lo menos, llamamos "el cierre social": todas las clases sociales tienen un grado de cierre social, y también los países, los grupos, los gremios... El cierre social de los gremios es fortísimo, pero las clases sociales, la sociedad respetable, la respetable clase media tiene sus normas sociales y excluye a todos aquellos que no juegan a su juego. Además, las minorías étnicas o religiosas poseen su propio cierre y admiten alguna ayuda, pero no lo que perciben como injerencia. No nos engañemos ni un minuto sobre las dificultades que ese cierre entraña, porque lo peor que podemos hacer es engañarnos, sobre todo en un congreso como éste que sirve para reflexionar y tomarnos el pulso.

La "retórica o la exhortación escolar" está muy bien. Para mí la retórica es importante –aunque quizás sea ingenuo en esto–, pero si no tenemos el apoyo estructural, la voluntad política de invertir dinero, recursos y demás en el asunto, ésta queda en el vacío. En otras palabras, no podemos decir a la ciudadanía en general "que estamos educando en las escuelas, que estamos presentes en los centros cívicos" o en cualquier lugar, y luego hacer campaña en la prensa y en la radio para dar explicaciones a la gente. Pero es mal asunto predicar la solidaridad sin complementos. Es decir, la presencia de los educadores sociales en cualquier institución cívica, escuelas y demás me parece perfecta, pero hay que tomar otras medidas, y no sólo presupuestarias. Deben ustedes exigir para su profesión los recursos que necesitan tener a su disposición.

Una parte esencial de la estrategia debe ser, en mi opinión, coordinarse más con las asociaciones cívicas altruistas, las llamadas "ONG", nombre que no me

acaba de convencer, ya que organizaciones no gubernamentales, no sé exactamente lo que son. Las asociaciones cívicas altruistas, que están movilizan solidaridad de manera considerable, asociaciones privadas que entran en el ámbito público y no son partidistas, ni apolíticas, sino apartidistas, tienen unas subvenciones, mientras que otras tienen un sistema oligárquico o dictatorial dentro, pero movilizan ciudadanos que no son, en este caso, educadores sociales, aunque promuevan la fraternidad, lo que se llama la solidaridad.

Yo creo que sin rivalidad alguna deben darse pasos para coordinarse con alguna de éstas, porque movilizan mucha energía, algunas veces de una forma espontánea. Si hay una matanza en Ruanda y Burundi, entonces se movilizan y el Gobierno pone un avión Hércules a su disposición y se van para allá corriendo a apagar fuego, cuando el fuego ya ha estallado; lo hacen demasiado tarde. Deberíamos coordinarnos todos, porque además sabemos perfectamente lo que puede ocurrir, sabemos de lugares del mundo donde la situación está a punto de explotar o donde pueden darse situaciones graves.

Con frecuencia sabemos que van a ocurrir desastres humanitarios, o más modestamente problemas de victimización ciudadana o delincuencia juvenil y hasta sabemos exactamente el lugar, aunque no siempre cuándo, pero podemos prevenir bastantes cosas. Yo creo que habría que coordinarse mejor, en gran medida para dar pasos en pro de las asociaciones cívicas altruistas que trabajan en estas cosas. Trabajar pensando en el futuro, porque los educadores sociales no pueden hacerlo todo. Debemos trabajar tanto a escala internacional, como a escala nacional, porque en las grandes ciudades pueden ocurrir situaciones de suma gravedad que necesitan coordinación previa, y no me parece que haya la suficiente. A cualquiera que anuncia tempestades (que vemos venir) le llaman alarmista. Por eso, lamentablemente siempre actuamos ex post facto.

Poco conseguiremos si no exigimos a los gobiernos una política social que cree recursos para los marginados, los excluidos y quienes necesitan educación social. He visto varios proyectos de este país democrático, hablaré sólo del mío.

Ahora llevamos cinco o seis elecciones desde la desaparición de la sórdida dictadura que sufrimos hasta 1975. En todas ellas hay programas gubernamentales que presentan los diversos partidos, y casi nunca se habla de una política social que incluya la educación social. Es más, para que vean ustedes que mi posición no está exenta de cierta objetividad, les diré que el gobierno socialista, que gobernó este país a partir del año 1982, tardó cuatro o cinco años en abrir un Ministerio de Asuntos Sociales, cuando es algo sustancial para quienes se consideran progresistas. En buena hora lo hicieron, ya que siempre es mejor haberlo creado que no haberlo hecho, pero yo imaginaba que le darían sustantividad, y que de alguna dirección general o de alguna subdirección en algún ministerio, el gobierno socialista lo haría.

Es más normal que los conservadores no lo tengan o les preocupe menos. Es lógico, no vamos a pedir que los conservadores que ahora gobiernan felizmente este país tengan estas ideas, pero a mí me sorprendía que los socialistas tardaran tanto. De todas formas lo hicieron, la Sra. Ministra lo hizo bastante bien. Insisto en que me refiero sólo a mi país para que las críticas no alcancen a otros. Es decir, creo que es misión importante –y yo espero que me disculpen si creen ustedes que no tengo derecho alguno a dar a la AIEJI y a su organización en general consejos sobre lo que hay que hacer. No obstante, visto desde fuera, creo que una cosa fundamental es que ustedes exijan a los gobiernos que la política social incluya la creación de recursos, no que les apoyen a ustedes, no pidan subvenciones, no hablo de eso. No estoy diciendo que haya que pedir subvenciones para la profesión, sino que hay que crear recursos para lograr una educación social efectiva en todos los países avanzados.

Volvamos al ejemplo de la clínica, yo no puedo apoyar la profesión médica si no le doy recursos para crear hospitales y ambulatorios, entonces ¿dónde ponemos a los enfermos? El problema ya ocurre, porque faltan camas en los hospitales de no pocos países. Los recursos son la prioridad: la autoridad moral de una profesión viene detrás. Para incrementarla, deben ustedes buscarse aliados, porque debe haberlos, gente que escriba en los periódicos, que lo digan en la radio, que persigan a los gobiernos, y, además, también en la política. Imagino que mediante los partidos pueden ponerse en contacto con los diputados, para pedir que esto sea una prioridad política de programa y después de acción gubernamental. Sin aportación de recursos, se degrada la educación social, es decir, ya pueden seguir haciendo lo que hacen porque inevitablemente sufrirá la calidad de la educación social.

Mientras tanto, la acción del voluntariado tendrá un efecto meramente sustitutorio. Será un sucedáneo que da resultados pacificadores, siempre circunscritos, no efectivos ni de gran alcance. Crear ciudadanos libres, con un mínimo de vida decente, con ánimo de posibilidades, con derecho a opinar, no sólo existir, que a uno le oigan y poder expresarse en una comunidad de ciudadanos libres es darles acceso a los recursos.

Está claro que el educador social no es un psicoterapeuta, tampoco es un agente del orden público. Es otra cosa, y por lo tanto tiene que exigir. Es parte del aparato cívico, no del aparato estatal. Seguramente la palabra "aparato" no es la mejor que pueda utilizar. El educador social es parte del sector ciudadano que está efectuando una política pública de incorporación, porque el ciudadano se incorpora, igual que el niño se socializa y entra en la ciudadanía. En esto naturalmente haré otra observación lateral. Tienen que aplicarse esta incorporación a ustedes mismos. Es fundamental y me alegro mucho, aunque no lo haya podido leer, de que hayan realizado ustedes un código deontológico. Supongo que habrá que limarlo un poco, mejorarlo es un paso importante.

Ustedes tienen dentro de su organización y de su profesión dos cosas que son absolutamente necesarias: el código deontológico, e imagino que en una buena democracia interna, tiene que haber –aunque yo no crea en ello porque no dan resultado– democracias asamblearias. Seamos realistas, los que hemos dedicado algunos años al estudio de la sociología de la democracia sabemos que eso no es siempre posible. No estoy hablando de democracias asamblearias, pero sí de democracias de diálogo y de organizaciones fluidas.

Las organizaciones nacionales e internacionales deben tener agilidad, fluidez y democracia interna. Fundamental para después actuar con igualdad entre las demás profesiones, cosa que se les debe como mínimo, no en plan retórico, sino haciendo valer lo importante que son los educadores sociales para la sociedad. Dudo de que la sociedad en general sepa bien lo que es, pero la ciudadanía tiene un conocimiento exacto de lo que es su profesión y de cuáles son los problemas que resuelve. Otro tema para el futuro, para la política de ustedes, es conseguir el lugar en el sol que les corresponde y que aún no tienen del todo, si me permiten que tenga esa absoluta franqueza, ya que nos conocemos todos, y yo estoy más o menos cerca de los aledaños de su profesión y sé que éstos son los problemas que tenemos la gente que nos dedicamos a estas cosas, que resultan ambiguas para los externos, como son el trabajo social, la sociología, la política social y demás.

Me acerco a la conclusión. La solución fundamental es que tengamos tres políticas simultáneas, es decir, hay que avanzar por tres caminos simultáneamente. Lo importante de lo que estoy diciendo es la simultaneidad. Hasta ahora no han ido coordinados. Primero, la educación de la sociedad, es decir, incorporar, educar a toda la sociedad, no sólo a los sectores marginados, que seguirán generándose incesantemente y de forma incremental en muchos países, y en algunos lugares, aunque yo no sea amigo del caos ni del cataclismo, se incrementarán en proporciones gravísimas.

Han visto ustedes lo que ha ocurrido con el colapso de la Unión Soviética, que se ha abierto al mundo, pero lejos de oír su nombre nuevo, oímos el nombre viejo y las mafias, el caos, el desastre... Allí hay lugares donde la descomposición social es gravísima. Hay que educar a la sociedad en todos los sentidos, tenemos un camino inmenso por recorrer, aunque educarla, a veces, resulte fácil. Debemos evitar lo que sucede en Estados Unidos, las penas de muerte distribuidas arbitrariamente, porque ¿qué ocurre en ese caso? Hay una desmoralización de ciertas poblaciones, que casualmente suelen ser minorías étnicas, aunque no son tan minorías, porque ni los portorriqueños, ni los mexicanos, ni los negros, son minorías. Son inmensas minorías, y en muchos lugares inmensas mayorías, barrios y estados enteros. En ese caso se produce un escepticismo total sobre el funcionamiento de la justicia, como ocurre en muchos estados de los Estados Unidos, es decir educar a la gente no es sólo educar en las escuelas.

Debemos ser cívicos, debemos ser buenas personas, debemos tener buenos modales. Hay que ir mucho más lejos, la educación cívica tiene una gran complejidad. Por ejemplo, en la administración de justicia en España tenemos un problema de lentitud exasperante, que crea un escepticismo ciudadano que es el caldo de cultivo para que la gente considere que los marginados, los delincuentes, la gente de mal vivir sean unos seres extraños con los que no se sabe qué hacer. Porque una cosa va unida a la otra. El ser que es escéptico en una cosa puede conducirse con indiferencia moral respecto de otra; cosas en las que no existe una relación de causa-efecto. Sin embargo, cuando uno se vuelve escéptico en un terreno, empieza a volverse escéptico en otros por una especie de efecto de contaminación y esta tarea es primordial.

Lo segundo, naturalmente, es incorporar en la política social a los necesitados, atender las necesidades de los sectores excluidos. Ésta es mi idea central, ya que ahora lo está de forma marginal.

Hay ministros sociales en varios países. En la Unión Europea hay una carta de derechos que curiosamente no ha firmado el Gobierno Británico, pero sí casi todos los demás países civilizados de Occidente. Hemos dado algunos pasos en este terreno, aunque es marginal, ya que está situado en un segundo plano en los proyectos de los gobiernos. Hay que conseguir el segundo componente simultáneo, y es una tarea no sólo de ustedes sino de sus organizaciones, porque las organizaciones en este sentido son a veces mucho más poderosas que los individuos. Hay que exigir a los diversos partidos que lo incorporen, es decir, conocer qué programa tienen, qué van a hacer. Y es que las tareas que tiene ante sí el educador social no son problemas pequeños que tiene la sociedad.

El tercer punto no es novedoso. Se trata de seguir trabajando, y mi mayor respeto hacia la tarea de ustedes, es seguir educando socialmente a quienes necesitan educación especial. Hay que seguir ahí, no podemos limitarnos a hacer las otras dos cosas, esto es lo que hay que hacer. Ustedes tienen que seguir haciendo lo que hacen y que hacen muy bien, aunque conviene que su profesión alcance mayor visibilidad social. Ustedes son el nexo existente, como se ha dicho muchas veces, entre la política social sobre todo y la ciudadanía. En ese sentido sólo puedo pedir que sigan en la brecha. Lo que ocurre es que de las tres condiciones la última es la que realmente se cumple. Las demás se hacen a medias o no se hacen. Se trata del día a día, cuando ustedes se levantan por la mañana y dicen 'me voy al barrio tal o a tal sitio, voy a ver a estas familias o a ver a estos chicos que se me escapan', en definitiva, todas las tareas que tienen que hacer.

Hay que ir mas allá de la retórica de la solidaridad que a veces se me antoja un poco pesada, yo mismo la uso, pero a veces cansa un poco porque uno se pregunta qué políticas concretas se están haciendo. Se nos llena la boca de palabras como solidaridad, filantropía, fraternidad, palabra nobilísima que se usa poco. A mí me parece que es la más importante del gran trío que

introdujeron los revolucionarios franceses –libertad, igualdad y fraternidad. Si tuviera que eliminar dos, me quedaba con ésta, porque una persona fraterna desea la libertad del otro, y la igualdad es parte de la fraternidad, o sea que con fraternidad basta. Pero al tiempo que digo esto, hay que superarla porque hay que ponerla en vigor, es decir, hay que hacer de la fraternidad un programa práctico de acción. Ése es el único mensaje que tengo que transmitirles.

Muchas gracias.

Este proyecto se ha llevado a cabo con el apoyo de la Comunidad Europea

El contenido de este proyecto no refleja necesariamente las opiniones de la Comunidad Europea, ni implica ninguna responsabilidad de su parte